

Hacerse Hombre o Mujer¹

María Rosaura González Casas²

En la sociedad actual y en ámbitos de la psicología, participamos de un intenso debate sobre el significado de lo que es «femenino y masculino». Cada tanto, el debate enfatiza las diferencias sexuales, el aspecto biológico o anatómico, las relaciones sociales entre los géneros y, no menos importante, lo que significa ser mujer y ser varón en los diferentes contextos culturales.

Nancy Chodorow

El aporte de Nancy Chodorow constituye la principal referencia en este texto. De hecho, Chodorow fue una de las primeras mujeres que exploró este campo de investigación en los años '70. Como estudiosa de la personalidad inicia sus estudios desde una perspectiva antropológica-cultural en 1971. Sucesivamente, en los años 80, como psicoanalista de las relaciones objetales, hace dialogar la psicología y la cultura. Algunos de sus libros más conocidos son *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*³ (1978), *Feminism and Psychoanalytic Theory*⁴ (1989), *Femininities, Masculinities, Sexualities. Freud and Beyond*⁵ (1994), *The Power of Feelings*⁶ (1999).

Chodorow elige la teoría de las relaciones objetales como enfoque en el estudio del desarrollo psicodinámico del Yo, de la diferencia sexual y de las psicodinámicas femeninas y masculinas. Efectivamente, en esta corriente psicológica ella busca una base para una teoría psicoanalítica social y para los principios constitutivos del Sí mismo en el contexto de las relaciones primarias.

Algunos de los teóricos que influyen en su visión son Klein, Winnicott, Mahler, Erikson y Hans Loewald. Partiendo de su perspectiva antropológica, social y cultural, Chodorow elabora un itinerario para una interpretación psicoanalítica de la cultura.

1 GONZÁLEZ CASAS, María Rosaura. «Diventare maschio o femmina» en *Tredimensioni* 5(2008) 147-158. Traducción: Fátima Godiño para el Curso Psicología del Desarrollo Humano. Escuela para Formadores «María, Madre de los Consagrados», Córdoba, Argentina (2012).

2 Psicóloga. Directora y Profesora de la Escuela para Formadores de Méjico.

3 Chodorow, N.J., *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, Los Angeles-London 1978 (segunda edición 1999). Este libro recibió el premio «Jessie Bernard», y en 1990 ingresó en la lista de los libros más importantes de los últimos veinticinco años que refieren a la sociología contemporánea.

4 Chodorow, N.J., *Feminism and Psychoanalytic Theory*, Yale University Press, New Haven-London 1989.

5 Chodorow, N.J., *Femininities, Masculinities, Sexualities. Freud and Beyond*, Kentucky University Press, Lexington 1994.

6 Chodorow, N.J., *The Power of Feelings*, Yale University Press, New Haven-London 1999.

Identidad de género

El concepto de *identidad de género* (*gender Self*) representa uno de los aportes más significativos de Chodorow. De hecho, desde tal perspectiva, el Yo no puede considerarse sexualmente «neutro», sino que se encarna y madura a lo largo del proceso evolutivo. Esto significa que el desarrollo de la persona es intrínseco al desarrollo de su *identidad de género*. Este concepto permite por lo tanto, comprender de manera unitaria y encarnada e incorpora la totalidad de la persona en cuanto mujer o en cuanto hombre. Según Chodorow, la *identidad de género* – a nivel consciente e inconsciente – incluye características relacionales, la fantasía, las emociones, esquemas culturales *subjetivos* y *objetivos*, y elementos consecuentes a la identificación corporal con los propios padres y con otras figuras significativas, que interactúan continuamente en una dialéctica entre un «pasado vivo» y el «aquí y ahora» del presente, mediante una circularidad de proyecciones e introyecciones.

Subjetividad de género

El concepto de *subjetividad de género* ayuda a comprender mejor el concepto de *identidad de género*. La autora lo elaboró teniendo presente el aporte de Winnicott del así llamado «espacio transicional». En él, el género se encuentra en la intersección entre la experiencia personal de las relaciones primarias y la cultura. De esta forma Chodorow lleva la cuestión de género a un diálogo interdisciplinar entre psique y cultura.

Con el concepto de *subjetividad de género* se entienden los significados subjetivos creados psicológicamente a partir de las representaciones interiores, de las emociones, de los afectos y de las fantasías presentes en las primeras relaciones parentales. La subjetividad de género se crea a partir de la historia personal de cada niña y de cada niño: experiencias personales y fantasías en las relaciones con los padres, experiencias corporales y hábitos del comportamiento, creencias y valores culturales. Sobre ella influye, obviamente, el género de los padres, vivido en su relación con los niños y las niñas, junto al condicionamiento de la cultura. Los significados se crean sobre la base de aspectos que son característicos de los padres o de la cultura. Por ejemplo: un niño podría vincular la experiencia de la madre deprimida al concepto de género femenino; es decir, podría vincular la depresión al concepto de mujer. Lo mismo puede ocurrir a nivel cultural: se puede dar un significado subjetivo inconsciente a ciertos signos culturales que son válidos para los padres al interno de una cultura específica. Por ejemplos: en ciertas culturas africanas, la mujer robusta es considerada bonita, mientras en las culturas occidentales se prefiere un físico delgado. Estos conceptos adquieren un significado personal por medio de la experiencia de emociones no verbales y de fantasías inconscientes y condicionan las relaciones interpersonales y el desarrollo de la propia *identidad de género*.

Su modo de desarrollarse

Chodorow sostiene que la relación primaria con la madre difiere en modo sistemático según se trate de una niña o de un niño, e inicia ya en los primeros ocho meses de vida. La capacidad del ejercicio materno se desarrolla en las niñas pero no en los niños. Al parecer ello resulta de las diversas experiencias de relaciones objetales y del modo en el cual éstas

son internalizadas y organizadas.

Según la autora, la relación se desarrolla durante el proceso de separación-individuación, y en esta perspectiva analiza la formación del Sí mismo, la capacidad de relacionarse y el proceso de diferenciación de género. Examinemos sintéticamente las fases de este proceso de desarrollo (ver también el esquema).

Primera fase: identificación

En esta primera fase se forman los confines externos e internos debidos a la separación cotidiana de la madre. Al mismo tiempo, la constante presencia de la madre favorece en el niño/en la niña, la interiorización de un sentido de continuidad con ella. Esta experiencia relacional hace posible en los niños/niñas el desarrollo de una *realidad psíquica personal* («Yo soy»).

Segunda fase: reconocimiento de la subjetividad de la madre

Aparecen los confines del Yo que favorecen en los niños/en la niñas el sentido de sí mismos y de ser separados. Ello sucede cuando inician a percibir, a nivel afectivo y cognitivo, la propia diferencia respecto a la madre. Comienza así el proceso de diferenciación que comprende el progresivo reconocimiento de la «subjetividad de la madre»⁷ como algo distinto, con exigencias diferentes respecto a las del niño/a. Esta diferenciación puede ser sintetizada en la expresión: «Yo no soy tú». La separación no se reduce a la presencia o ausencia de la madre, pero incluye el *reconocimiento de la diferencia*, es decir, la percepción de la alteridad de la madre. Este pasaje es crucial para la maduración afectiva y cognitiva, así como para la formación de la *identidad de género*, femenina y masculina. En el reconocimiento de la «subjetividad de la madre», Chodorow propone un proceso que es distinto para las niñas respecto a los niños.

El niño, en el reconocimiento de la diferencia, se percibe no solamente separado de la madre («Yo no soy tú»), sino también diferente en la *identidad de género* («Yo no soy como tú, no soy mujer»). El niño internaliza aspectos de la madre en la separación, de tal forma que la madre se vuelve parte de su primera identidad. En la separación, en la «desconexión» respecto a la madre, inicia el proceso de la propia *identidad de género*, desarrollando también un Yo relacional más estable. En este sentido la capacidad de relacionarse nace de la separación que lo lleva a afirmarse a sí mismo a partir de una negación en la relación con la madre.

La niña, de modo paralelo al niño, se percibe a sí misma, en un primer tiempo, como separada de la madre («Yo no soy tú»), pero reconoce simultáneamente, a diferencia del niño, la propia identificación con la madre («Yo soy como tú, yo soy mujer»). Su identidad está tejida en forma continua a la de la madre, como una afirmación. Podemos decir que la identidad de género de la niña no es tan problemática como la del niño porque se construye sobre el sentido de unidad e identidad inicial con la madre. Chodorow considera que el hecho de decir «Yo soy mujer» y al mismo tiempo «Yo soy como tú» hace posible que la *identidad de género* femenina esté en relación con la sensación de estar en relación con la madre y en continuidad con ella. De ello, el ser mujer y el estar en relación tienden a unificarse.

Este proceso, diverso para los niños respecto a las niñas, fue confirmado

7 Para Chodorow tienen gran importancia la Teoría del Apego de Bowlby y la consideración de los intereses maternos según la perspectiva de Balint.

experimentalmente a partir del hecho que la fase pre-edípica en las niñas dura más que en los niños.

Se presenta aquí otra diferencia en el desarrollo de la mujer respecto al del hombre, para el cual la *identidad de género* está vinculada a la *separación*: «Yo no soy como tú, no soy mujer». La identidad de la mujer que se comprende como «Yo soy mujer» está estrechamente vinculada con su estar en conexión con la madre: «Yo soy como tú». De ello se da el estrecho vínculo entre la capacidad relacional y la identidad femenina⁸. El sentido de continuidad en la niña hace que ella pueda más fácilmente alcanzar la identidad. Las niñas crecen con un sentido de continuidad y semejanza con la madre y un vínculo relacional con el mundo. Para las niñas la diferencia no es inicialmente problemática o fundamental para su identidad psicológica: ellas no tienen que definirse a partir de una afirmación negativa («Yo no soy...»), sino afirmativa («Yo soy mujer»). Por ende, en este sentido, el problema de la mujer no se coloca tanto en la *identidad de género*, sino en la separación, en la autonomía, en las experiencias y en las elecciones cognitivas que se presentan en el proceso de independencia de la madre en las etapas sucesivas de su desarrollo.

Tercera fase: diferenciación-separación

En esta fase⁹ inicia la relación con el padre y la maduración heterosexual. La configuración heterosexual se desarrolla principalmente durante el período edípico pero reaparecerá en la pubertad, en la adolescencia y después, en el curso de la vida. En la relación pre-edípica se ha formado la *identidad de género* y en la etapa edípica se desarrolla la orientación sexual. Kernberg puntualiza que para la orientación sexual el género del objeto resulta determinante. De hecho, éste constituye la fuente del deseo erótico. Por lo tanto, en la vida adulta, la fijación al objeto de deseo erótico lleva consigo la definición del Sí mismo sexual en relación con un objeto particular. En esta etapa es necesario tener presente el concepto de subjetividad de género desde una perspectiva cultural, ya que en la configuración de la heterosexualidad la intervención de la cultura aparece bastante consistente.

La *niña*, en su experiencia de vinculación y continuidad, se identifica con la «madre activa» potente. Ante una identificación tan intensa, la niña tiene necesidad de separarse de la madre, de huir de aquel mundo interno, y proyectar en el padre el poder de la madre para llegar a separarse de ella. Como hija, de la «pasividad»¹⁰ llega a la apropiación de sus deseos) y a ser capaz de contener en sí misma el encuentro con el padre. Se vuelve «objeto», reconociendo la diferencia y el complemento. En la relación con el padre inicia la orientación hacia la heterosexualidad. Hacia el objeto de amor “madre” coexisten separación y ambivalencia: por determinados aspectos la relación puede ser como la que se tiene con una rival; de hecho, la misma niña se siente «madre activa». Si falta el padre, el

8 Cfr. González Casas, M.R., *La fuerza de la mujer en Teresa de Jesús*. Ed. Claretiana, Buenos Aires, 2008

9 Sobre esta fase me pareció oportuno agregar algunos comentarios que Jessica Benjamin hace a la propuesta de Chodorow, en relación a la pasividad y a la actividad en el proceso de identificación de género. Cfr. Benjamin, J., *L'ombra dell'altro. Intersoggettività e genere in psicoanalisi*, Bollati Boringhieri, Torino 2006.

10 La perspectiva freudiana atribuía la actividad al varón y la pasividad a la mujer. Benjamin ofrece una visión distinta sobre la pasividad que supera la polaridad de género: ésta es la fuerza interior, necesaria para poder contener el deseo experimentado ante una estimulación adecuada. El niño/la niña se vuelven «sujetos» en la medida en la que son capaces de apropiarse de los deseos, de tenerlos dentro de sí, contenerlos en la propia corporalidad. Por lo tanto, la pasividad no es padecer un afecto, una emoción, un deseo, sin que el niño o la niña tenga en ello alguna parte activa. La pasividad, en la perspectiva de Benjamin, incluye dos operaciones simultáneas: la de «apropiación» y la de «contención».

proceso de crecimiento y de maduración hacia la heterosexualidad podrá ser más tortuoso y, sobre todo, podrá serlo el de la separación de la madre. La lejanía del padre puede implicar que el apego a él sea idealizado y se desarrolle en la fantasía.

El niño, continuando con la fase anterior, debe pasar de una relación de identificación a una relación complementaria. Benjamin enriquece la visión de Chodorow afirmando que el niño, en la relación con su madre, pasa de un «Yo no soy mujer», a la definición activa: «Tú no eres hombre». Ello le da la posibilidad de ser «sujeto» activo frente a la madre, de apropiarse de los propios deseos y pasar a la identificación con el padre. De esta forma, en esta fase el niño vive una relación de *identificación* con el padre («Yo soy como tú») y un amor complementario hacia la madre. Los niños, por medio de la identificación afectiva con el padre pueden reforzar la propia *identidad de género* con una afirmación. Stoller¹¹ considera que la relación inicial con la madre sea de identificación no heterosexual y que la heterosexualidad de los niños se desarrolle solamente si es precedida por la separación y desidentificación (o de-identificación) de la madre. El desarrollo hacia la heterosexualidad masculina se vuelve más compleja. Para reforzar la propia identidad, el varón tiene necesidad de la cercanía del padre para identificarse afectivamente con él más que con un rol exterior, y al mismo tiempo debe separarse de la madre y crecer en autonomía.

Para los varones es necesario tener en esta fase una clara consciencia de la diferencia de género y de lo que es masculino y femenino, y mantener confines nítidos entre una cosa y la otra. Como también fácilmente se puede observar, que en el desarrollo de su identidad masculina ellos tienden a negar la identificación femenina y todos los sentimientos que podrían aparecer como femeninos: la dependencia, la necesidad de relaciones, las emociones en general. Tienden también a acentuar la diferencia con las mujeres («No eres hombre»), especialmente cuando se encuentran en situaciones que suscitan ansiedad y que representa una amenaza y un desafío a la propia identidad. Una fijación en esta fase puede favorecer una relación defensiva y asimétrica en las relaciones con la mujer.

Chodorow considera que la ausencia afectiva del padre y la ausencia de su rol paterno, influyen en la relación entre madre e hijo: en dicho caso la madre puede terminar por concentrarse totalmente y en forma compensatoria en el hijo. La ausencia del padre en la sociedad actual está confirmada también por estudios recientes¹².

En esta fase, la formación de la *identidad de género* se dará considerando no solamente los aspectos relacionales y culturales, sino también aquellos corporales, como parte de un contexto relacional. Estos aspectos deben ser tenidos en cuenta a partir de dos aspectos: por una parte como identificación con el cuerpo de los padres y de las primeras figuras parentales; por otra como imagen intrapsíquica que cada uno se hace del propio cuerpo. En este proceso entran en juego - a nivel consciente e inconsciente - las emociones, las fantasías y los significados personales de género: lo que ha sido dicho sobre la *subjetividad de género*.

Cuarta fase: integración

Cuando se ha consolidado el concepto de Sí mismo con un género definido, la niña o el niño pueden diferenciarse. Entonces, se da la constancia de la *identidad de género* que, dentro de la *constancia del objeto afectivo*, implica también la *constancia de género*

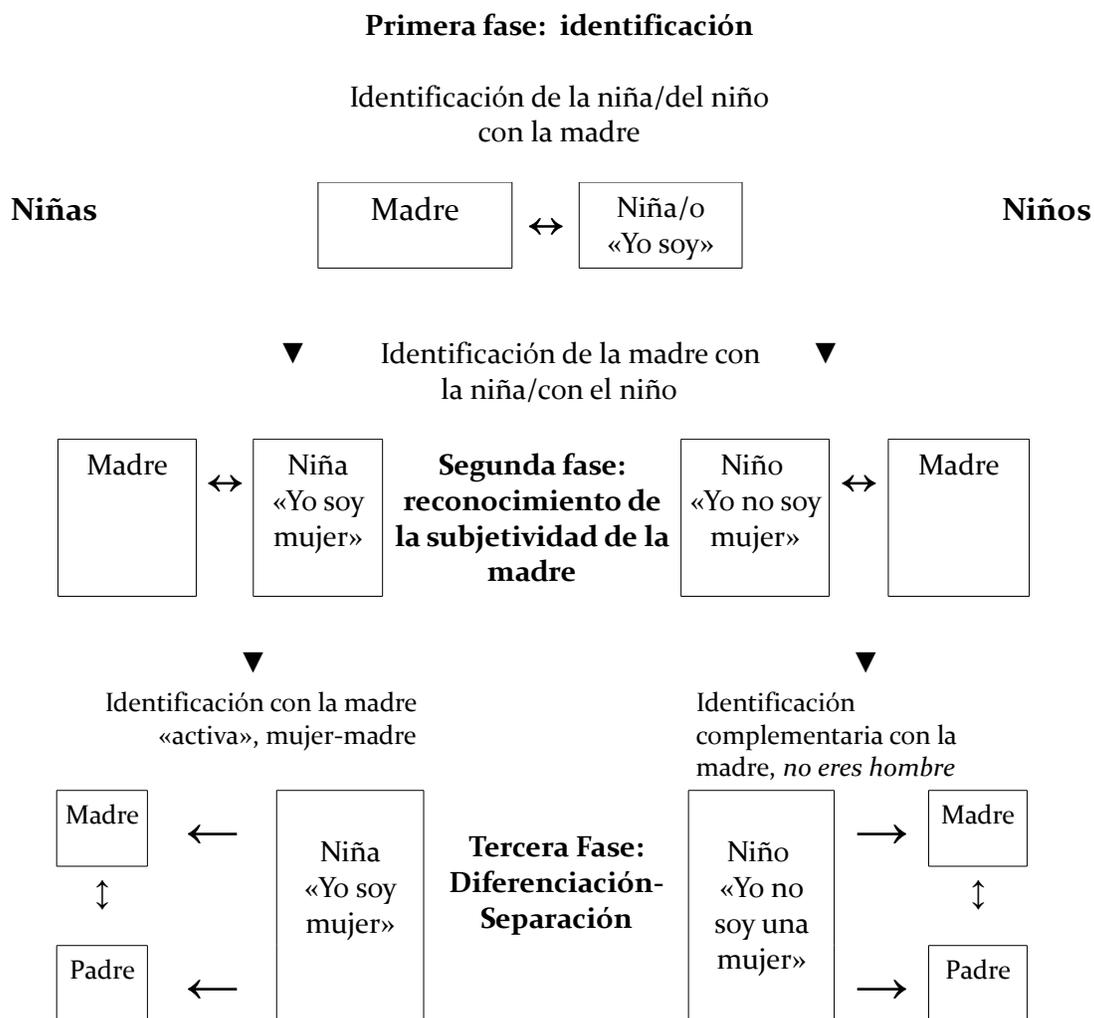
11 Stoller, R. *Facts and Facies: An Examination of Freud's Concept of Bisexuality*, en Strouse, J., *Women and Analysis*, G.C. Hall & Co., Boston 1974, pp. 340-363.

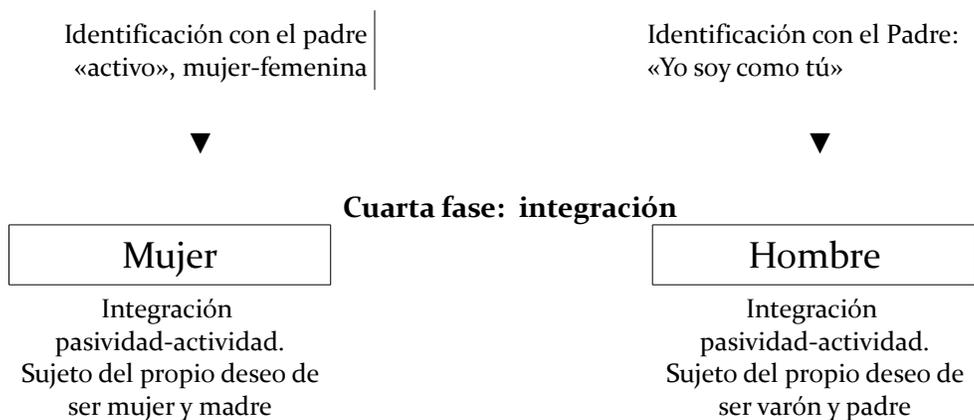
12 Cfr. Risé, C., *Il padre. L'assente inaccettabile*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2003.

en la cual la polarización edípica es más evidente. Esta etapa tiene todas las características de una polarización más que de una tolerancia a la diferencia, de definición de la *identidad de género* más que de una coexistencia de contrarios. En este sentido se puede considerar la fase post-edípica como el momento en el cual la polaridad puede ser trascendida, es decir, un momento en el cual los opuestos se reconcilian en la misma persona, por medio de una identificación y elección del objeto de amor. En esta fase, así como en la adolescencia tardía, puede suceder lo siguiente: «Yo soy y no soy la persona con la cual me identifico», sin que esto implique una excesiva amenaza para la integración o la desintegración del Yo. La identificación madura sabe tolerar las cualidades del otro sin que estas provoquen envidia o miedo. La diferencia ya no es una amenaza, sino sobre todo motivo de alegría y placer. Se puede permanecer sereno ante otro distinto, sin que ello atente contra la propia *identidad de género*.

El siguiente esquema representa un resumen de las cuatro fases antes mencionadas.

Etapas del desarrollo de la identidad de género desde una perspectiva relacional





Problemas de orientación heterosexual

Hago solamente una mención a los problemas sobre la orientación heterosexual. Según los conceptos expuesto, al tratar el desarrollo de la orientación heterosexual, Chodorow hace referencia a los efectos de la ausencia afectiva del padre en la identificación sexual débil del niño, y al amor idealizado presente en la fantasía de la niña que acompaña una relación insegura con los hombres. En dos artículos recientes sobre la homosexualidad, uno dedicado a Stephen Mitchell¹³ y a sus investigaciones sobre la cura de la homosexualidad y el otro a la complejidad teórica y clínica de la homosexualidad¹⁴, Chodorow explicita su propuesta interpretativa y terapéutica sobre la homosexualidad, y metodológicamente, mantiene la consideración de la singularidad de la vivencia individual del sujeto que no puede ser encuadrado en generalizaciones rígidas. En ambos estudios invita a poner mayor atención a la cualidad de la relaciones objetales, antes que en el origen psicológico del problema.

Relación e identidad de género

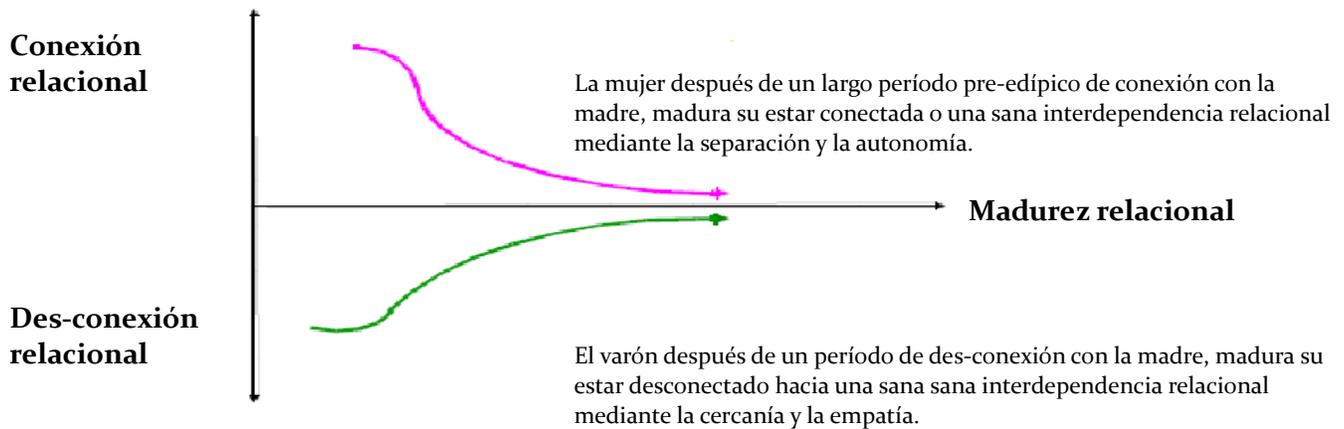
Uno de los aportes más significativos de la teoría de Chodorow es la vinculación entre la identidad femenina y el ser en relación, así como aquella entre identidad masculina y el estar desconectado («no relacionado»): aspecto confirmado a partir de diversos puntos de vistas de otra ciencias¹⁵. Para nuestra autora, el proceso de maduración implica el pasaje de una perspectiva egocéntrica (de las primeras fases del desarrollo) a una perspectiva psicosocial, en la cual la persona es capaz de salir de sí y buscar el bien de los otros. El siguiente esquema describe qué es la madurez a partir de las características relacionales de género.

13 Chodorow, N., *Prejudice Expose: On Stephen Mitchell's Pioneering Investigation of the Psychoanalytic Treatment and Mistreatment of Homosexuality*, en «Studies in Gender and Sexuality», 3(2002), pp. 61-72.

14 Chodorow, N., *Les homosexualités comme formation de compromis: la complexité théorique et clinique d'une description e d'une compréhension des homosexualités*, en «Revue Francaise de Psychanalyse», 1 (2003), pp. 41-63

15 Cfr. Baron Cohen, S., *Questione di cervello. La differenza essenziale tra uomini e donne*, Mondadori, Milano 2004.

Proceso de maduración de las características relacionales de género



El influjo de la cultura en la formación del concepto de género

Chodorow logra establecer un diálogo entre psicología, cultura y género. Ella desenmascara los pre-conceptos que pueden estar presentes en una «cultura del género» y que dan lugar al nacimiento de esquemas conscientes e inconscientes sobre lo que quiere decir ser mujer y ser varón al interno de cada cultura. Todos nosotros que trabajamos en el campo del acompañamiento o de la psicoterapia podemos acceder en forma no consciente a esquemas culturales de género que condicionan nuestra visión de lo que debe ser y hacer una mujer o un hombre¹⁶. Se trata de esquemas sobre los cuales hay que reflexionar ya que pueden bloquear algunos aspectos del desarrollo, en nosotros y en las personas que ayudamos.

¹⁶ En González Casas, M.R., *La casa se llenó del perfume*, Ed. Dabar, México D.F., 2007, se puede encontrar la investigación desde un enfoque interdisciplinar antropológico-teológico-bíblico que incluye algunos aspectos culturales y de género que pueden bloquear o favorecer el proceso de madurez psico-espiritual.